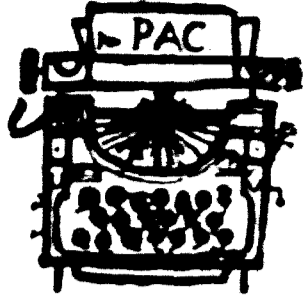


escrito a máquina

Un llamado a la Universidad



Como intelectual nicaragüense no puede menos que afectarme profundamente la aguda crisis que atraviesa nuestra Universidad Nacional. Sitiada desde afuera por la hostilidad estatal; reducida a un presupuesto (el más bajo de Centroamérica) que no le permite expandir sus actividades docentes y de investigación de acuerdo con las exigencias del desarrollo nacional, ni con el crecimiento de su alumnado; convertida en blanco de agresiones del militarismo imperante; viene a agregar ahora un conflicto interno que la debilita peligrosamente y que amenaza con apagar una de las pocas luces que a duras penas se ha mantenido encendida en el oscuro panorama de nuestra cultura.

No como mediador, no para tomar partido, sino para un llamado a la reflexión escribo. No se han apagado todavía los ecos de los disparos que segaron la vida de unos jóvenes estudiantes en el Recinto de la Universidad. ¿Por qué cayeron? ¿Han cambiado las circunstancias que obligaron a toda la Universidad y a todos los hombres libres a cerrar filas y a solidarizarse contra los agresores de la cultura y de los derechos humanos? Sobre los millones de córdobas que el Estado dilapida en estériles gastos militares, nuevos millones del presupuesto se siguen gastando en acrecentar la anti-universidad de la Fuerza (armas, no letras; fusiles, no libros) ¿Hemos de olvidar en tales momentos que nuestra pobre Casa de Estudios —pequeña, sucia y abarrotada de gente— es la única nave para que miles de nicaragüenses crucen el río de la marginación, y puedan llegar a un futuro mejor? ¿Vamos a pelearnos, a engendrar violencias y divisiones que tal vez echen a pique ese único barco en que hace su cruceo hacia la libertad y la cultura nuestra juventud? En mi angustia lo que pretendo es llamar a la reflexión sobre algo que la discusión y los intereses en juego parecen hacernos olvidar: que la Universidad no es una empresa económica —no una factoría, no una fábrica con patronos y obreros— sino una institución de cultura de todos —de los hijos de todos— del bedel y del decano, del trabajador y del catedrático, del barrendero y del rector.

Pero hay algo más: esa institución no es un producto espontáneo del sistema socio-político que padecemos. Al contrario: para la tiranía toda autonomía es un reto y toda libertad —como la que exige y al mismo tiempo produce la cultura— es subversión. Por tanto, la realidad es que el Gobierno en Nicaragua está al acecho de la autonomía y de la libertad universitarias. La universidad tenemos que defenderla todos los días; no

permitir que se alteren sus funciones o se anarquicen sus disciplinas. Los troyanos perdieron Troya porque dejaron entrar el caballo de madera de los sitiadores. El caballo de Troya de nuestra Universidad puede ser esa división interna y las pasiones o los extremismos que puede encender provocando la desilusión y la desertión entre los que quieren enseñar o estudiar y creando un peligroso ambiente de descrédito para el Alma Mater.

Frente a un Estado que desearía convertir ese baluarte de la libertad de la cultura en una fábrica de "soldados de la inteligencia" como decía Hitler, las dos partes en conflicto deben dialogar con voluntad de arreglo, movidas por esa responsabilidad superior, que a todos obliga, de defender y prestigiar a la Universidad.

La situación crítica de Nicaragua, la lucha por restablecer las bases más elementales de la convivencia nacional, la lucha por la libertad y por la vida misma, han obligado y seguramente seguirán obligando a huelgas y manifestaciones o por lo menos a protestas y actividades que de una manera u otra alteran o impiden la normalidad académica de la Universidad. Pero, por esa misma situación y por la trascendencia de los valores que se defienden, la responsabilidad de todos los que integran la Universidad es mayor, mucho mayor, porque está en juego el porvenir de una generación y tenemos que recuperar el tiempo perdido (pero ganado para la libertad nicaragüense) haciendo que no se pierda para la cultura y para la formación de esos miles de jóvenes que estudian en sus aulas. Esos jóvenes tienen que recuperar lo que la tiranía les ha arrebatado.

Tanto ellos como sus maestros tienen que duplicar, por así decirlo, su sentido de la responsabilidad: saber que el presente puede exigirles una huelga, pero saber también que el futuro les exige reponer el tiempo de esa huelga con una mayor intensidad educativa, porque su obligación incluso revolucionaria es, sobre todo, ser universitario. Su obligación, sobre todo, es formarse. El Estado de mañana es la juventud universitaria de hoy. "La vida de un país, su prestigio, su futuro y su grandeza, dependen de la función educativa de la universidad", dijo hace veinte años Mariano Fiallos Gil.

En Nicaragua la libertad no levanta una antorcha. Alguien decía que levanta un candelabro con tres parpadeantes candelas: La Iglesia, la Prensa y la Universidad... Por favor! ¡No seamos nosotros mismos los que agreguemos nuestro soplo al viento reaccionario de la tiranía que intenta apagarlas!

PABLO ANTONIO CUADRA